

modelan en cuestión de unos instantes y separan de la masa cortándola con un hilo de carrete del veinte, que es el que menos se deshilacha. La pella, una vez puesta en la cabezuela, más que trabajada es acariciada, como prenda de un juego de prestidigitación que vemos surgir maravillosamente de unas manos que a fuerza de trabajos adquirieron esa difícilísima facilidad que nos deja asombrados.



Faustino y la Dionisia -Dionisia Gutiérrez Borja, la Piñera- en uno de los almacenes-exposición de su patio donde tienen la obra colocada para enseñársela a los marchantes

El alfarero tiene siempre alrededor de sí y en todas las habitaciones de su patio, que le vienen cortas, un mundo de cacharros en diferentes puntos de su preparación, unos oreándose en espera del momento preciso para agregarles piezas complementarias en el instante justo que se pegarán formando un solo cuerpo que antes se romperá que desprenderse, otras secándose, cocidas, crudas, para bañar o para la venta. Pero tratemos de puntualizar su obra tal como él la entiende, que es sin duda la mejor manera de entenderla y como debe quedar en nuestra historia.

Su materia prima fundamental, y casi única, es el barro, que en el oficio se llama légamo, y que se obtiene sobre todo de las tierras arcillosas que almacena nuestro suelo y sacan al hacer los pozos, que aprovechan casi íntegramente. O bien de sacatierras llamados barreros en los que se labran galerías siguiendo las vetas de las arcillas que se consideran apropiadas. El pueblo de más y mejor légamo lo es Madrudejos, y como dice Faustino, para que veamos lo que son las cosas, no ha tenido nunca alfareros.

Esta explicación dada por los famosos tinajeros de Villarrobledo señores Gimena me hizo comprender la equivocación que tuve en los estudios de la toponimia alcazareña al encontrar el camino de los barreros, que yo interpreté, dado que había otro próximo de los zapate-